

# Alerce

N° 115, marzo de 2024. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

## Eugenia Prado hilvana las voces de la historia

Escritora, diseñadora y editora, Eugenia Prado Bassi (Santiago, 1962) es autora, entre otras obras, de *El cofre* (1987), *Cierta femenina oscuridad* (1996), *Lóbulo* (1998) *Hombres: asedios a lo post humano* (novela instalación estrenada en 2004), *Desórdenes Mentales* (teatro, 2006), *Objetos del silencio, secretos de infancia* (2007), *Dices miedo* (novela audiovisual, 2011), *BluVivi* y *Gusaringo viajan en la marcianave* (cuento infantil ilustrado en co-creación con su hijo Vicente, 2014) y *Advertencias de uso para una máquina de coser* (Palabra Editorial, 2017), al que pertenece el texto que compartimos aquí con los lectores de *Alerce*.

### La madre de la aguja es el punto que sangra

Las mujeres nacíamos amarradas.

Amarradas y calladas. Envueltas en géneros o enredadas en telas incomprensibles. Acorazadas en metálicos corsés, vestíamos como jaulas y usábamos sombreros enormes.

Las mujeres apenas levantábamos la vista.

### Las voces del taller

Aprendí de mi madre todo lo que sé. Desde el corte y confección rápido hasta la alta costura. Aprendí a cortar y coser vestidos, camisas, pantalones y blusas. Incluso vestidos de novia o de gala. Mi madre se amanecía preparando telas o terminando alguna prenda, escogiendo moldes y si no tenía trabajo los fines de semana, dedicaba el tiempo a la manutención de la máquina.

A mí me pasó al revés. De la infancia que recuerdo detestaba a las niñas y nada sabía de estas cosas. Me crie sin costuras ni dedales, lejos de mi madre y de las labores femeninas. No conocí el disfrute por las prendas, ni me gustaban esos juegos. Prejuicios adolescentes, porque si hubiera conocido las ventajas, me hubiera encantado montar mi propio taller y hacerme la ropa. Coser es algo que no requiere mayor inteligencia, decía mi padre. No aprendí en los tiempos de las señoritas y me apena. Ya tengo demasiada edad y nunca aprendí a coser, solo me queda estar pegada en el hilván.

Desde muy chica me interesó el arte del buen vestir, considerando que es un oficio casi incomprensible y tan difícil. En el colegio aprendí con habilidad. Siendo adolescente, ya disfrutaba haciéndome la ropa y también la de la gente que quería. Pronto, coser se transformó en oficio permanente. Y coser en casa en un segundo trabajo que incrementaba mis ingresos. Ya saben cómo es una mujer sola con niños. Tuve que asumir responsabilidades y me dediqué a coser las prendas más difíciles, incluso trajes de novia.

Tuvimos una profesora exigente y muy desagradable en el colegio. Era alta, maciza y disfrutaba poniéndonos nerviosas a mí y a mis compañeras. Le gustaba pasearse por la sala mientras cosíamos y emitía un desagradable sonido al respirar. A veces se paraba al lado de una de nosotras dando pequeños golpes con el pie contra el piso cada vez más rápido y de un zapatazo corto y preciso nos hacía saltar.

Un día entró en la sala, acompañada de una señora enorme, y que, de señora, no tenía nada, pues su

comportamiento fue grotesco desde el principio. Después de mirarnos de arriba a abajo la profesora se paró frente a mí. Tú harás su vestido, dijo apuntándome. Su mala intención era evidente, y estaba buscando la forma de joderme. Seguí el protocolo de manera correcta. Demoré dos sesiones completas solo en tomar sus medidas. Paso a paso, fui siguiendo cada una de las etapas hasta que el vestido estuvo terminado. Pero resultó que, al momento de probárselo, a la dama no le gustó, pues dijo verse muy gorda. Ustedes comprenderán que una mujer con exceso de peso no siempre puede verse bien. Fue una experiencia tan horrible que, después de eso, decidí tomar un curso para aprender a coser ternos.

Vengo de una familia árabe donde hombres y mujeres cosían. Jugué con alfileres de cabezas de colores, me gustaba pincharlos en una almohadilla mientras los otros conversaban. Telas y máquinas fueron mi paisaje. En casa había de todo en materia de costuras, también hilos por doquier, algunos enredados en malas maniobras. Lápices, bicolor, rojo y azul, con sus dos puntas siempre afiladas para facilitar el trazado; tizas y papeles de molde; y reglas y escuadras. Había huinchas de telas graduadas en centímetros y hasta milímetros y reglas de palo para todo tipo de medidas. Ellos jamás me enseñaron a coser ni quise dedicarme a la costura. En mi casa, si el oficio no afloraba de manera natural, no había que forzarlo.

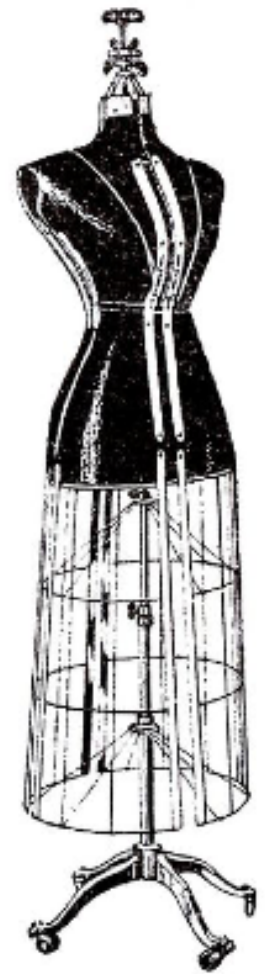
Yo estudié en el colegio de monjas de un pequeño pueblo del Sur. Con aguja gruesa y lana, aprendí a dar mis primeras puntadas y coser a mano sobre cartones marcados para "Artes Manuales". Durante la adolescencia, recibíamos clases de "Vestuario", "Tejido" y "Bordados"; también de "Economía doméstica" y nunca olvidé el protocolo de las clases antes de empezar el trabajo. Con los años, el colegio se convirtió en Escuela Técnica Profesional, pero continuaron con la idea de que las mujeres eran "señoritas", "esposas", "madres" y "dueñas de casa".

Sigo el oficio de nuestras madres y abuelas y me siento heredera de sus dones. Soy ambiciosa y esforzada. Hago doble turno para que nada les falte a los míos. ¿Y qué? Una de mis ventajas es ser muy puntual. Me enorgullece cumplir los plazos. Empecé con clientas de paso y ahora tengo clientas fijas, una garantía de que todas se van felices con el trabajo.

Vivíamos en una casa grande y teníamos una pieza especial para la costura. Mi madre era maniática del orden. Todo estaba clasificado según sus usos. Había juegos de escuadras, incluidas las curvas, que colgaban de la pared. Alfileres puntiagudos prendidos a los moldes y telas, que cuando terminábamos de usar, debían conservarse en el alfilerero para evitar que se oxidaran. Al lado de la mesa de la máquina había un largo mesón ordenado según las distintas etapas y utensilios. Las tijeras en sus respectivos estuches. Rectas para la costura y en zigzag para evitar que se pierda filo en la tela. Recuerdo el espejo de muro que se cubría la pared completa, fundamental en el taller, así como el maniquí de curvas moderadas donde probarse y acomodar las prendas, observar la caída natural de las telas, además de facilitar el remate de detalles.

Mi casa siempre estuvo tomada por pilas de ropa que se acumulaban sobre las mesas, los muebles, las sillas. A fin de año, no faltaban los trajes de fiesta para las graduaciones y los aniversarios. Recuerdo que la muralla del comedor se llenaba de papeles con encargos para evitar pedidos rezagados. Había bobinas de todos los colores, según las cromáticas de las prendas; lápices de arcilla de colores pálidos para marcar directamente sobre la tela y que el color no quedara marcado, la carretilla con una rueda plana dentada que tenía mango de madera y cuando la pasabas iba dejando marcados los puntos sobre los cuales iría la costura sobre un papel encerado, se utilizaban en la mayoría de las telas salvo las muy finas, que tendían a arrugarse.

En mi juventud de esos años había una máquina de coser en casi todas las casas del barrio. Las mujeres teníamos que practicar hasta aprender a hacernos la ropa para continuar con nuestras labores femeninas. Al final,



salíamos de cuarto medio con vestidos, faldas, blusas y hasta la ropa interior cosida por nosotras mismas.

Recuerdo los pinchazos, cuando el dedal se esfumaba o desaparecía entre las telas. De plástico, metal o hueso. El dedal era una pieza indispensable en la costura y el bordado que hacíamos a mano.

Y qué me dicen de la relación con las clientas. El estrés del cobro. El pago y el no pago. Y de las poderosas madres-padre, que se ocupaban de nuestras vidas. Cuánto duelen esos recuerdos que arden en algún lugar de las infancias cubiertas por las aguerridas madres-padre, atómicas, capaces de viajar a la velocidad de la luz cruzando estrellas y planetas en el universo.

Crecí en estos oficios, ayudando a mi madre con los pedidos. Hilván, costura menor, bastas. Ella me impulsó a conseguir trabajo y encontré un puesto en un taller donde trabajaban otras cinco operarias. Aunque mi marido nunca estuvo de acuerdo. Y si no le gustó, tuvo que irse. Ya saben, la madre siempre manda. Ella también se dedicaba a estas labores. Ella hacía de todo y más para agasajarnos. Los vestidos y atuendos que cosía eran piezas exclusivas, creadas para nosotras, los diseños eran tan fabulosos que nos dejaban en pésima posición, a mí y a mis hermanas, presas de la envidia de nuestras compañeras. Siguiendo los pasos de mi madre, cuando ya era una mujer me dediqué a recolectar ropas, de esas que ya no usaban las amigas o que vendían en las ferias y empecé a combinar los materiales. La mayor parte de mis piezas son adaptaciones, hago prendas únicas que tienen carácter y estilo.

Hace quince años empecé a trabajar en los talleres, pero desde siempre quise tener mi propio tallercito en casa. Llevaba años ahorrando para eso y, aunque no me crean, estaba convencida que cumpliría mi sueño. Pero hace un tiempo mi madre enfermó de algo que no podían precisar hasta que recibí la pésima noticia. Tenía una enfermedad degenerativa, incurable y costosa. Me dediqué a cuidarla. Aprendimos una nueva vida juntas y hasta me acostumbré a la madre enferma que sepultó mis sueños. Ahora solo tengo este taller.



# Samuel Leal: el lugar donde se engendra el río

Samuel Leal Chau (Santiago, 1960) ha participado en los talleres literarios de Gonzalo Millán (poesía) y Camilo Marks (cuento), siendo publicados sus poemas en diversas revistas. Es autor de *Ribera Norte* (2019) y *Ribera Sur* (2022), volumen al cual pertenecen los escritos que *Alerce* recoge a continuación.

## *El soñador del valle*

Una blanca seda cubría  
las crestas de los Andes  
cuando lo hallaron.  
Sobre su cabeza  
surcada de pequeñas trenzas  
-letanías de un capilar quipus-  
emergían negras plumas de cóndor.

Desde ese lugar único  
donde se engendra el río  
unos pequeños ojos  
divisaron la serpiente azul  
plateándose bajo el sol.

Soñó volar sobre el valle verde  
como un pájaro transparente  
antes de aletargarse entre temblores  
aferrado a su llamita de spondylus.

Le llaman el niño del cerro El Plomo  
y tal vez nunca sepamos su nombre  
mientras espera tras una vitrina climatizada  
volver al sueño rupestre  
y lo reclama el sol  
y lo reclama el trueno  
y lo reclama la montaña  
triste madre congelada.

## *(Puente del Arzobispo)*

I  
Dos arcos blancos extendidos  
al pasar entre ellos  
puedes ver escenas de la ciudad  
a través de un sepia remoto  
en cámara lenta

El río no es más que  
un serpenteante flujo  
que mueve la manivela  
y hace que las escenas tengan vida:  
gente que parece flotar  
autos que parecen volar  
edificios que parecen caer

Este es un cine al aire libre  
sin boleto de entrada  
solo debes atreverte a cruzarlo  
si tienes suerte  
puedes tu imagen



reflejada en algunos  
de los cuadros  
que el río se lleva  
y nunca devuelve.

## II

A unos pasos  
el infausto monumento  
apunta hacia el poniente  
así como el río fluye hacia el mar  
éste lo amenaza  
con su racimo de bombas  
con su pico de águila enlatada  
con su aerodinámica forma de caer  
con su base de piedra sintética  
fútil e inerte  
al borde  
de la desaparición.

## III

El cerro San Cristóbal  
ha comenzado a secarse  
su verde piel descascarada  
deja ver sus huesos de roca

La virgen inerte  
en la cumbre cierra los ojos  
prefiere mirar hacia arriba  
hacia abajo  
solo ve nubes grises  
que ella no puede limpiar

Los hombros del santo Cristóbal  
heridos por una fila de antenas espinas  
espían y expían los pecados del valle

El cerro desollado  
brilla todas las tardes  
y los animales del zoológico  
sueñan algún día habitar sus laderas secas  
sedientos,  
pero libres.

## *(Puente Los Abastos)*

En la parada del microbús  
Junto al río silencioso  
Mi padre espera de madrugada  
Con su mochila azul  
Subir a las mansiones de Lo Curro  
A trabajar como siempre

Soldador  
Ingeniero  
Reparador  
Inventor

La vía empinada del cerro lo hacía sudar  
y las sucias partículas de asbesto  
en sus pulmones  
comenzaban ya a formar  
la costra mortal

Cientos de casas  
Cientos de planos  
Cientos de herramientas  
Cientos de máquinas

Lo que salió de sus manos  
sobrevivirá a generaciones  
ignorantes del origen de ese calor

El sol siempre brilló en esos ojos sonrientes.

## *(Puente Recoleta)*

I  
La despedida final  
de las amigas  
en la Recoleta Franciscana,  
resabio histórico en medio del tráfigo,

solo para decirles hasta pronto  
nos veremos uno de estos días

Las paredes exteriores del templo  
cubiertas de maletas  
y por la calle Artesanos  
libros y cachivaches a la venta en el  
suelo  
y el olor  
a verdura fresca y río desbocado.

No es un buen sitio  
para despedir a las amigas  
¿existe alguno bueno, me pregunto,  
aquí en este punto  
tan cerca del liceo  
y tan lejos del amor?

Este puente no tiembla  
es tan fuerte  
como las piedras del cerro Blanco  
que dormirán suspendidas al sol  
como mis amigas bajo la tierra  
diluyendo el sol de la noche.

## II

En la sombrerería  
“Donde golpea el monito”  
algunos fantasmas  
se prueban sombreros.

Son las almas en pena  
de los ajusticiados  
sepultados en el  
cementerio de la Caridad.

Almas pobres  
que en vida no  
tuvieron sombreros finos  
y que ahora  
convertidas en fantasmas  
ostentan bellas cabezas.

## *Siesta*

Colgando como una crisálida  
en medio de la hoguera del estío,  
el vino recorre los verdes surcos de las  
hojas  
y la brisa que entra por la ventana  
mueve por última vez el mundo real.

No es cansancio ni desgano.  
No es apatía ni aburrimiento.  
No es letargo ni desinterés.  
Es el profundo placer de dejarse ir  
por el río plateado de la inconsciencia  
y la temeraria certeza del regreso.

El sol, la brisa, el bullicio lejano,  
la rama que se mece frente a la  
amenaza;  
alas que nunca se han desplegado  
apurando su urgente función.

El sudor que corre, el vino y la sangre.  
Capullo destrozado sobre una cama  
deshecha.

